

— La leyenda de —
Sleepy Hollow

Washington Irving

Chapter 1

En el seno de una de esas amplias ensenadas que recortan la orilla oriental del Hudson, en esa gran extensión del río que los antiguos navegantes holandeses llamaban el Tappan Zee, y donde siempre, con prudencia, reducían vela e imploraban la protección de San Nicolás al cruzarlo, se encuentra un pequeño pueblo de mercado o puerto rural que algunos llaman Greensburgh, aunque por lo general, y con más propiedad, se le conoce como Tarry Town. Según nos cuentan, ese nombre se lo dieron en otros tiempos las buenas amas de casa de los alrededores, por la inveterada costumbre de sus maridos de quedarse de más en la taberna del pueblo los días de mercado. Sea como sea, no respondo por la veracidad del dato; solo lo menciono para ser preciso y fiel. No muy lejos de este pueblo, quizá a unas dos millas, hay un pequeño valle, o más bien un regazo de tierra entre altas colinas, que es uno de los lugares más tranquilos del mundo entero. Un arroyuelo lo atraviesa deslizándose, con un murmullo apenas suficiente para arrullar a cualquiera; y el silbido ocasional de una codorniz o el golpeteo de un pájaro carpintero son casi los únicos sonidos que alguna vez interrumpen esa tranquilidad constante.

Recuerdo que, cuando era apenas un muchacho, mi primera hazaña cazando ardillas fue en una arboleda de altos nogales que da sombra a uno de los lados del valle. Me había internado ahí al mediodía, cuando toda la naturaleza guarda un silencio especial, y me sobresaltó el estruendo de mi propia escopeta al romper la quietud sabática del entorno, prolongado y repetido



por ecos airados. Si alguna vez quisiera un refugio al que pudiera escaparme del mundo y de sus distracciones, y pasar en calma el resto de una vida agitada entre sueños, no conozco ninguno más prometedor que este pequeño valle.

Por la calma apática del lugar y por el carácter peculiar de sus habitantes, descendientes de los primeros colonos holandeses, este valle apartado ha sido conocido desde hace mucho como SLEEPY HOLLOW, y a sus muchachos de campo les dicen los Sleepy Hollow Boys en toda la región vecina. Una influencia soñolienta, como de ensueño, parece flotar sobre la tierra y empapar el aire mismo. Algunos dicen que el sitio fue embrujado por un médico alemán de las tierras altas en los primeros días del asentamiento; otros, que un viejo jefe indígena, profeta o hechicero de su tribu, celebraba ahí sus powwows antes de que el país fuera descubierto por el señor Hendrick Hudson. Lo cierto es que el lugar sigue bajo el dominio de algún poder encantado que mantiene hechizada la mente de sus buenos habitantes y los hace vivir en un ensueño constante. Son propensos a toda clase de creencias maravillosas, sufren trances y visiones, y con frecuencia ven cosas extrañas y oyen música y voces en el aire. Todo el vecindario está lleno de historias locales, parajes embrujados y supersticiones del crepúsculo; las estrellas fugaces y los meteoros cruzan el valle con más frecuencia que en cualquier otra parte del país, y la pesadilla, con todo su séquito de horrores, parece haberlo elegido como su escenario favorito para sus juegos.

Sin embargo, el espíritu dominante que ronda esta región encantada y que parece mandar sobre todos los poderes del aire es la aparición de una figura a caballo, sin cabeza. Algunos dicen que es el fantasma de un soldado hessiano cuya cabeza fue arrancada por una bala de cañón en alguna batalla sin nombre durante la Guerra de Independencia, y que de vez en cuando la gente del campo lo ve pasar a toda prisa en la oscuridad de la noche, como si lo llevaran las alas del viento. Sus andanzas no se limitan al valle; a veces llegan hasta los caminos cercanos, y sobre todo a los alrededores de una iglesia que no queda muy lejos. De hecho, algunos de los historiadores más confiables de esa zona, que se han esmerado en reunir y cotejar los rumores dispersos sobre este espectro, aseguran que, como el cuerpo del soldado fue enterrado en el cementerio de la iglesia, el fantasma sale a caballo cada noche rumbo al campo de batalla en busca de su cabeza, y que la velocidad furiosa con la que a veces atraviesa el Hollow, como una ráfaga de medianoche, se debe a que se le hizo tarde y va apurado por volver al cementerio antes del amanecer.

Ese es, en términos generales, el sentido de esta superstición legendaria, que ha dado pie a más de una historia desbordada en esa región de sombras; y en todos los hogares del campo se conoce al espectro con el nombre del Jinete sin Cabeza de Sleepy Hollow.

Llama la atención que esa inclinación a las visiones que he mencionado no se limita a los habitantes nativos del valle, sino que la absorbe sin darse cuenta cualquiera que viva allí por un tiempo. Por muy despiertos que hayan sido antes de entrar en

esa región adormecida, al poco tiempo terminan respirando el hechizo del aire y empiezan a volverse imaginativos, a soñar sueños y a ver apariciones.

Menciono este lugar apacible con todos los elogios posibles, porque es en estos pequeños valles holandeses apartados, escondidos aquí y allá en el gran Estado de Nueva York, donde la población, las maneras y las costumbres permanecen fijas, mientras la gran corriente de migración y progreso, que provoca cambios incesantes en otras partes de este país inquieto, pasa de largo sin que ellos lo noten. Son como esos pequeños remansos de agua quieta a la orilla de una corriente veloz, donde podemos ver la paja y las burbujas flotando en calma, como ancladas, o girando lentamente en su puerto en miniatura, sin que las altere el empuje de la corriente que pasa. Aunque han transcurrido muchos años desde que caminé por las somnolientas sombras de Sleepy Hollow, me pregunto si no seguiría encontrando allí los mismos árboles y las mismas familias vegetando en su seno resguardado.

En ese rincón apartado de la naturaleza vivía, en una época ya lejana de la historia de Estados Unidos —es decir, hará unos treinta años—, un hombre respetable llamado Ichabod Crane, que residía, o como él decía, "se quedaba", en Sleepy Hollow con el propósito de enseñar a los niños de los alrededores. Era originario de Connecticut, un estado que le da a la Unión pioneros tanto para la mente como para el bosque, y que cada año envía sus legiones de leñadores de frontera y maestros rurales. El apellido Crane le venía muy bien. Era alto, pero exageradamente desgarbado, con hombros estrechos, brazos y

piernas larguísimos, manos que le colgaban como a un kilómetro de las mangas, pies que bien podrían haber servido de palas, y todo el cuerpo como si estuviera apenas ensamblado. Tenía la cabeza pequeña y achatada en la parte superior, orejas enormes, grandes ojos verdes y vidriosos, y una nariz larga de agachadiza, de modo que parecía una veleta posada sobre su cuello delgado, lista para indicar hacia dónde soplaban el viento. Si uno lo veía avanzar a zancadas por la silueta de una colina en un día ventoso, con la ropa inflándose y aleteando a su alrededor, podía confundirlo con el genio del hambre bajando sobre la tierra, o con algún espantapájaros fugado de un maizal.

La escuela era un edificio bajo, de un solo salón grande, construido toscamente con troncos; las ventanas estaban en parte cubiertas con vidrio y en parte remendadas con hojas de viejos cuadernos de caligrafía. En las horas en que quedaba vacía, la aseguraban de la manera más ingeniosa: con una vara flexible retorcida en la manija de la puerta y estacas colocadas contra las contraventanas; así que, aunque un ladrón podía entrar sin la menor dificultad, luego tendría ciertos problemas para salir, idea que muy probablemente el arquitecto, Yost Van Houten, tomó del misterioso funcionamiento de una nasa para anguilas. La escuela estaba en un paraje algo solitario, pero agradable, justo al pie de una colina arbolada, con un arroyo corriendo muy cerca y un imponente abedul creciendo en uno de sus extremos. Desde ahí, en una somnolienta tarde de verano, podía oírse el murmullo apagado de las voces de sus alumnos repasando las lecciones, como el zumbido de una colmena; interrumpido de vez en cuando por la voz autoritaria

del maestro, en tono de amenaza o de mando, o quizá por el sonido aterrador de la vara de abedul, con la que apresuraba a algún rezagado perezoso por el florido camino del conocimiento. A decir verdad, era un hombre concienzudo y siempre tenía presente la máxima de oro: "Escatima la vara y echarás a perder al niño". Desde luego, los alumnos de Ichabod Crane no estaban echados a perder.

Sin embargo, no vaya a pensarse que era uno de esos déspotas crueles de la escuela que disfrutaban del dolor de sus súbditos; al contrario, impartía justicia con criterio más que con dureza: les quitaba la carga de encima a los débiles y se la echaba a los fuertes. Al enclenque que se estremecía con apenas ver alzarse la vara, solía dejarlo en paz con indulgencia; pero las exigencias de la justicia quedaban satisfechas descargando una ración doble sobre algún chiquillo holandés terco y resistente, de chaqueta amplia, que se enfurruñaba, se hinchaba de coraje y se volvía hosco y sombrío bajo la vara de abedul. A todo esto él lo llamaba "cumplir con su deber hacia sus padres"; y nunca aplicaba un castigo sin rematarlo con la seguridad, tan consoladora para el muchacho adolorido, de que "lo recordaría y se lo agradecería hasta el último día de su vida".

Cuando terminaban las horas de clase, incluso se volvía compañero y camarada de juegos de los muchachos mayores; y en las tardes de fiesta acompañaba a casa a algunos de los más pequeños que, casualmente, tenían hermanas bonitas o madres hacendosas, famosas por lo bien surtida que tenían la alacena. La verdad, le convenía mucho llevarse bien con sus alumnos. Lo que ganaba con la escuela era poco, y apenas le

habría alcanzado para comer cada día, porque era de apetito enorme y, aunque flaco, tenía la capacidad de expansión de una anaconda; pero, para completar su sustento, se hospedaba y comía, según la costumbre rural de aquella región, en las casas de los granjeros cuyos hijos instruía. Con ellos vivía por turnos, una semana en cada casa, recorriendo así todo el vecindario con todas sus pertenencias atadas en un pañuelo de algodón.

Para que todo esto no les pesara demasiado en el bolsillo a sus patronos campesinos, que solían ver los gastos de la escuela como una carga muy dura y a los maestros como simples zánganos, tenía varias maneras de volverse útil y agradable. De vez en cuando ayudaba a los granjeros con las tareas más ligeras del campo: colaboraba en la cosecha del heno, arreglaba cercas, llevaba los caballos a beber agua, sacaba a las vacas del pastizal y cortaba leña para el fuego del invierno. También dejaba a un lado toda la dignidad autoritaria y el mando absoluto con que reinaba en su pequeño imperio, la escuela, y se volvía sorprendentemente amable y complaciente. Se ganaba el favor de las madres consintiendo a los niños, sobre todo a los más pequeños; y, como el valiente león que en otro tiempo sostuvo con tanta generosidad al cordero, podía sentarse con un niño en una rodilla y mecer una cuna con el pie durante horas enteras.

Además de sus otros oficios, era el maestro de canto de la vecindad, y se ganaba varios chelines relucientes enseñando salmodia a los jóvenes. Los domingos era para él motivo de no poca vanidad colocarse al frente de la galería de la iglesia con un grupo de cantores escogidos; en su propia opinión, ahí

eclipsaba por completo al párroco. Lo cierto es que su voz resonaba muy por encima de la del resto de la congregación; y todavía se oyen en esa iglesia ciertos trémolos peculiares que, incluso en una mañana tranquila de domingo, pueden escucharse a media milla de distancia, hasta el lado opuesto del estanque del molino, y de los que se dice que descienden legítimamente de la nariz de Ichabod Crane. Así, con toda clase de pequeños recursos, de esa manera ingeniosa que suele llamarse “por las buenas o por las malas”, el digno pedagogo se las arreglaba bastante bien, y todos los que no entendían nada del trabajo intelectual pensaban que llevaba una vida maravillosamente fácil.

Por lo general, el maestro de escuela era alguien de cierta importancia entre las mujeres de una comunidad rural. Lo veían como una especie de caballero desocupado, con mucho más gusto y refinamiento que los toscos muchachos del campo y, de hecho, solo por debajo del párroco en cuanto a estudios. Por eso, cuando aparecía en la mesa del té de alguna granja, solía causar un pequeño revuelo, además de que se añadía un plato extra de pasteles o dulces, o incluso, tal vez, se sacaba a relucir la tetera de plata. Así que nuestro hombre de letras gozaba de manera especial de las sonrisas de todas las muchachas del campo. Qué bien lucía entre ellas en el cementerio de la iglesia, entre un oficio y otro los domingos: les cortaba uvas de las vides silvestres que cubrían los árboles de alrededor, les recitaba para divertir las todos los epitafios de las lápidas, o paseaba sin prisa con todo un grupo de ellas por la orilla del estanque del molino cercano, mientras los tímidos patanes del campo se quedaban atrás, cohibidos, envidiando su elegancia y

su don de gentes.

Además, por su vida medio itinerante, era una especie de gaceta ambulante: llevaba de casa en casa todo el paquete de chismes locales, de modo que siempre recibían su llegada con gusto. Las mujeres, además, lo tenían por un hombre de gran erudición, porque había leído varios libros de principio a fin y dominaba por completo la "Historia de la brujería en Nueva Inglaterra", de Cotton Mather, en la cual, por cierto, creía con la mayor firmeza y convicción.

En realidad, era una mezcla extraña de astucia mezquina y credulidad ingenua. Su gusto por lo maravilloso, y su capacidad para tragárselo sin problema, eran igual de extraordinarios; y ambas cosas habían crecido desde que vivía en esa región hechizada. No había cuento demasiado burdo ni monstruoso para su enorme capacidad de creer. Muchas veces, cuando terminaban las clases por la tarde, le encantaba recostarse sobre la espesa alfombra de trébol junto al arroyito que murmuraba cerca de la escuela, y ahí se ponía a releer las terribles historias del viejo Mather, hasta que la oscuridad que iba cayendo al anochecer convertía la página impresa en una simple neblina ante sus ojos. Luego, mientras iba por pantanos, arroyos y bosques sombríos rumbo a la granja donde le tocaba alojarse, cualquier sonido de la naturaleza a esa hora embrujada agitaba su imaginación ya exaltada: el lamento del chotacabras desde la ladera, el grito ominoso de la ranita arborícola, anunciadora de tormenta, el lúgubre ulular de la lechuza chillona, o el crujido repentino entre la maleza de aves espantadas de su percha. También las luciérnagas, que

brillaban con más intensidad en los rincones más oscuros, de vez en cuando lo sobresaltaban cuando alguna especialmente brillante cruzaba su camino como una estela; y si por casualidad un enorme escarabajo torpe se le venía encima en su vuelo desatinado, el pobre infeliz estaba listo para morir del susto, convencido de que lo había golpeado la señal de una bruja. En esos momentos, su único recurso, ya fuera para ahogar sus pensamientos o espantar a los malos espíritus, era cantar salmos; y la buena gente de Sleepy Hollow, sentada por la noche a la puerta de sus casas, muchas veces se llenaba de asombro al oír su melodía nasal, "en una dulzura enlazada y largamente sostenida", flotando desde la colina lejana o a lo largo del camino en penumbra.

Otra de las cosas que le daban un placer escalofriante era pasar las largas noches de invierno con las viejas holandesas, sentadas a hilar junto al fuego, mientras una hilera de manzanas se asaba y chisporroteaba en el hogar, y escuchar sus maravillosos cuentos de fantasmas y duendes, de campos embrujados, arroyos embrujados, puentes embrujados y casas embrujadas, y sobre todo del jinete sin cabeza, o el Hessiano Galopante del Valle, como a veces lo llamaban. Él, a su vez, las entretenía igual de bien con sus anécdotas sobre brujería, y sobre los terribles presagios y las señales extrañas que aparecían en el aire en los primeros tiempos de Connecticut; además, las asustaba de lo lindo con sus especulaciones sobre cometas y estrellas fugaces, y con el alarmante hecho de que el mundo de verdad giraba, ¡y que la mitad del tiempo ellas estaban de cabeza!

Pero si todo eso tenía su encanto, acurrucado a gusto en un rincón junto a la chimenea de un cuarto bañado por el resplandor rojizo de la leña crepitante, donde por supuesto ningún espectro se atrevía a aparecer, lo pagaba caro con el terror de su caminata de regreso a casa. ¡Qué formas y sombras espantosas acechaban su camino bajo el resplandor tenue y fantasmal de una noche nevada! ¡Con qué ansiedad miraba cada rayo tembloroso de luz que cruzaba los campos vacíos desde alguna ventana lejana! ¡Cuántas veces se sobresaltaba ante algún arbusto cubierto de nieve que, como un fantasma envuelto en una sábana, parecía plantarse justo en su camino! ¡Cuántas veces se encogía de horror al oír sus propios pasos sobre la costra helada bajo sus pies, y temía voltear por encima del hombro por si veía a alguna criatura extraña avanzando muy cerca detrás de él! Y cuántas veces caía en un espanto total por una ráfaga repentina que aullaba entre los árboles, imaginando que era el Hessiano Galopante en una de sus correrías nocturnas.

Sin embargo, todo eso no era más que terrores de la noche, fantasmas de la mente que caminan en la oscuridad; y aunque en su vida había visto muchos espectros, y más de una vez Satanás lo había acosado bajo diversas formas en sus andanzas solitarias, la luz del día acababa con todos esos males. Y habría llevado una vida bastante agradable, pese al Diablo y a todas sus obras, si su camino no se hubiera cruzado con un ser que causa más confusión al hombre mortal que los fantasmas, los duendes y toda la raza de las brujas junta: una mujer.

Entre los alumnos de música que se reunían una noche a la semana para recibir sus lecciones de salmodia estaba Katrina Van Tassel, la hija y única descendiente de un próspero granjero holandés. Era una joven lozana de apenas dieciocho años; rellenita como una perdiz; madura, suave y de mejillas sonrosadas como uno de los duraznos de su padre, y famosa en todas partes no solo por su belleza, sino también por la gran fortuna que se esperaba que heredara. Además, tenía algo de coqueta, y eso se notaba hasta en su manera de vestir, que mezclaba modas antiguas y modernas de la forma que mejor realizaba sus encantos. Llevaba adornos de oro amarillo puro, traídos de Saardam por su tatarabuela; el atractivo corpiño de otros tiempos; y, además, una falda provocativamente corta, que dejaba ver el pie y el tobillo más bonitos de toda la comarca.

Ichabod Crane tenía un corazón blando y bastante tonto cuando se trataba de las mujeres; así que no sorprende que un bocado tan tentador le entrara pronto por los ojos, sobre todo después de visitarla en la casa de su padre. El viejo Baltus Van Tassel era la viva imagen de un granjero próspero, satisfecho y generoso. Rara vez, es cierto, llevaba la vista o el pensamiento más allá de los límites de su propia granja; pero dentro de ellos, todo era cómodo, feliz y estaba en perfecto orden. Estaba contento con su riqueza, aunque no era presumido; y se enorgullecía más de la abundancia franca y sustanciosa que lo rodeaba que del lujo o la apariiencia con que vivía. Su bastión se alzaba a orillas del Hudson, en uno de esos rincones verdes, resguardados y fértiles donde tanto les gusta instalarse a los granjeros holandeses. Un enorme olmo extendía sus anchas ramas sobre

la casa, y al pie brotaba un manantial de agua suavísima y dulcísima, en un pequeño pozo hecho con un barril; luego el agua se escurría, brillante, entre la hierba hasta un arroyo cercano, que murmuraba entre alisos y sauces enanos. Muy cerca de la casa había un granero inmenso, que bien podría haber servido de iglesia; por cada ventana y rendija parecía reventar la riqueza de la granja. Dentro resonaba sin descanso el mayal desde la mañana hasta la noche; golondrinas y aviones revoloteaban y trinaban alrededor de los aleros; y hileras de palomas, unas con un ojo vuelto hacia el cielo como si vigilaran el tiempo, otras con la cabeza bajo el ala o hundida en el pecho, y otras más inflándose, arrullando y haciendo reverencias ante sus damas, disfrutaban del sol sobre el techo. Cerdos lustrosos y pesados gruñían, entregados al descanso y la abundancia de sus chiqueros, de donde salían de vez en cuando tropas de lechoncitos, como si fueran a olfatear el aire. Un escuadrón majestuoso de gansos blancos navegaba en un estanque cercano, escoltando flotas enteras de patos; regimientos de guajolotes glugluteaban por el corral, y gallinas de Guinea andaban de un lado a otro, inquietas como amas de casa de mal genio, con su grito quejumbroso e inconforme. Frente a la puerta del granero se pavoneaba el gallo gallardo, modelo de esposo, guerrero y caballero distinguido, batiendo sus alas bruñidas y cantando con el orgullo y la alegría del corazón; a veces escarbaba la tierra con las patas y luego, generoso, llamaba a su siempre hambrienta familia de esposas e hijos para que disfrutaran del rico bocado que había encontrado.

Al maestro se le hacía agua la boca al contemplar aquella promesa espléndida de manjares invernales. En su imaginación voraz, veía a cada cochinillo asado correteando con un pudín en la panza y una manzana en el hocico; las palomas, bien arropadas dentro de un pay cómodo, tapadas con una cobija de masa; los gansos, nadando en su propia salsa; y los patos, acomodados de dos en dos en las fuentes, como matrimonios bien avenidos, con su respetable porción de salsa de cebolla. En los cerdos ya distinguía el futuro costado de tocino, terso y lustroso, y el jamón jugoso y apetitoso; no había pavo que no se le apareciera primorosamente amarrado, con la molleja bajo el ala y, quizá, un collar de salchichas sabrosas; e incluso el propio gallo reluciente yacía despatarrado boca arriba en un platón, con las garras en alto, como si pidiera ese cuarto que su espíritu caballeresco se había negado a solicitar en vida.

Mientras Ichabod, embelesado, se imaginaba todo aquello y paseaba sus grandes ojos verdes por los prados fértiles, los ricos sembradíos de trigo, centeno, alforfón y maíz, y los huertos cargados de fruta rojiza que rodeaban la acogedora casa de los Van Tassel, su corazón suspiraba por la joven que habría de heredar aquellas tierras, y su imaginación se desbordaba al pensar lo fácil que sería convertirlo todo en dinero y luego invertirlo en extensiones inmensas de tierra salvaje y palacios de tablillas perdidos en la frontera. Más aún: su mente inquieta ya daba por cumplidas sus esperanzas, y le mostraba a la floreciente Katrina con toda una prole de hijos, encaramada en lo alto de una carreta cargada de tiliches domésticos, con ollas y cazos colgando por debajo; y se veía a sí mismo montado sobre una yegua de paso, con un potrillo

siguiéndola de cerca, emprendiendo camino hacia Kentucky, Tennessee... ¡o sabrá Dios adónde!

Cuando entró en la casa, la conquista de su corazón quedó consumada. Era una de esas amplias casas de campo, con techos de cumbrera alta pero de caída suave, construidas al estilo heredado de los primeros colonos holandeses; los aleros bajos y salientes formaban un corredor a lo largo del frente, que podía cerrarse cuando hacía mal tiempo. Debajo colgaban mayales, arneses, varios utensilios de labranza y redes para pescar en el río cercano. A los lados había bancas para usarse en verano; y una gran rueca en un extremo, y una mantequera en el otro, mostraban los distintos usos a los que podía destinarse ese importante porche. Desde ese corredor, el asombrado Ichabod entró al vestíbulo, que ocupaba el centro de la casa y era el lugar donde normalmente se hacía la vida diaria. Ahí, hileras de reluciente peltre, acomodadas sobre un largo aparador, lo deslumbraron. En una esquina había un enorme costal de lana, listo para hilarse; en otra, una cantidad de tela de linsey-woolsey recién salida del telar; mazorcas de maíz, y ristas de manzanas y duraznos secos, colgaban en alegres guirnaldas por las paredes, mezcladas con el rojo vistoso de los chiles; y una puerta entreabierta le permitió echar un vistazo a la sala principal, donde las sillas de patas en garra y las mesas oscuras de caoba brillaban como espejos; los morillos, junto con su pala y sus tenazas, resplandecían entre su adorno de espárragos; naranjos de burla y conchas marinas decoraban la repisa de la chimenea; sobre ella colgaban hileras de huevos de aves de distintos colores; un gran huevo de avestruz pendía del centro de la habitación, y una alacena de

esquina, dejada abierta con toda intención, exhibía inmensos tesoros de plata antigua y porcelana cuidadosamente remendada.

Desde el momento en que Ichabod puso los ojos en aquellas regiones de delicia, perdió la paz mental, y su única preocupación pasó a ser cómo ganarse el cariño de la incomparable hija de Van Tassel. Pero en esa empresa se topó con dificultades mucho más reales que las que solían tocarle a un caballero andante de otros tiempos, que casi nunca tenía que enfrentarse a más que gigantes, hechiceros, dragones que escupían fuego y otros enemigos por el estilo, fáciles de vencer; y no tenía más que abrirse paso por puertas de hierro y bronce, y muros de diamante, hasta la torre del castillo donde estaba encerrada la dama de su corazón. Todo eso lo lograba con la misma facilidad con que un hombre cortaría un pay de Navidad hasta llegar al centro; y luego la dama, como cosa natural, le daba la mano. Ichabod, en cambio, tenía que abrirse camino hasta el corazón de una coqueta de campo, rodeado por un laberinto de antojos y caprichos que a cada momento le ponían enfrente nuevos obstáculos y complicaciones; y además debía enfrentarse a una multitud de temibles adversarios de carne y hueso: los numerosos pretendientes rústicos que rondaban cada entrada a su corazón, vigilándose entre sí con recelo y enojo, pero siempre listos para lanzarse, en defensa de la causa común, contra cualquier rival recién llegado.

Entre todos ellos, el más temible era un grandulón escandaloso y bravucón llamado Abraham, o, en la forma abreviada del holandés, Brom Van Brunt, el héroe de toda la comarca, donde

no se hablaba de otra cosa que de sus proezas de fuerza y valentía. Era ancho de hombros y de articulaciones sueltas, con el pelo negro, corto y rizado, y una cara franca, no desagradable, en la que se mezclaban la diversión y la arrogancia. Por su cuerpo hercúleo y la enorme fuerza de sus extremidades, le habían puesto el apodo de BROM BONES, que era como todo el mundo lo conocía. Tenía fama de saberlo todo sobre caballos y de montarlos con gran destreza; a caballo era tan hábil como un tártaro. Siempre iba al frente en las carreras y en las peleas de gallos; y, con la autoridad que la fuerza física suele imponer en la vida del campo, era el árbitro de todas las disputas: se ladeaba el sombrero y soltaba sus fallos con un porte y un tono que no admitían réplica ni apelación. Siempre estaba listo tanto para pelear como para divertirse; pero en su carácter había más travesura que mala intención; y, pese a toda su rudeza mandona, en el fondo tenía una buena dosis de humor burlón y bonachón. Tenía tres o cuatro compañeros inseparables que lo tomaban por modelo, y al frente de ellos recorría la región, presentándose en cualquier pleito o festejo a varias millas a la redonda. En tiempo de frío se distinguía por una gorra de piel rematada con una vistosa cola de zorro; y cuando la gente en alguna reunión campirana divisaba a lo lejos aquel penacho tan conocido, sacudiéndose entre un grupo de jinetes temerarios, todos se preparaban para que se armara el alboroto. A veces se oía a su cuadrilla pasar a toda velocidad junto a las granjas a medianoche, entre gritos y alaridos, como una tropa de cosacos del Don; y las ancianas, despertadas de golpe, escuchaban un momento hasta que el estruendo se alejaba traqueteando, y entonces exclamaban: “¡Sí, ahí va Brom

Bones y su pandilla!" Los vecinos lo miraban con una mezcla de temor, admiración y simpatía; y cuando ocurría alguna travesura descabellada o una riña campesina en los alrededores, siempre sacudían la cabeza y aseguraban que Brom Bones andaba detrás de todo.

Desde hacía ya algún tiempo, este héroe alborotador había puesto los ojos en la lozana Katrina y la había convertido en el blanco de sus torpes galanterías. Y aunque sus juegos amorosos se parecían más a las caricias y mimos de un oso que a otra cosa, corría el rumor de que ella no desalentaba del todo sus esperanzas. Lo cierto es que sus avances bastaban para que los demás pretendientes se hicieran a un lado, pues ninguno tenía ganas de enfrentarse a un león cuando andaba en asuntos de amor. Tanto así, que cuando los domingos por la noche se veía su caballo amarrado a la cerca de Van Tassel —señal inequívoca de que su dueño estaba adentro cortejando, o, como se decía, "coqueteando"—, los otros enamorados pasaban de largo, desesperanzados, y llevaban la batalla a otro frente.

Ese era el temible rival contra el que Ichabod Crane tenía que medirse y, pensándolo bien, un hombre más valiente que él se habría echado para atrás ante aquella competencia, y uno más sensato habría perdido toda esperanza. Pero Ichabod tenía una combinación afortunada de flexibilidad y constancia. En cuerpo y en ánimo era como una vara flexible: cedía, pero aguantaba; se doblaba, pero nunca se rompía. Y aunque se inclinaba ante la presión más leve, en cuanto esta desaparecía —¡zas!— volvía a erguirse y levantaba la cabeza tan alto como siempre.

Enfrentarse abiertamente a su rival habría sido una locura, porque no era hombre que se dejara frustrar en asuntos de amor, igual que aquel amante tempestuoso, Aquiles. Así que Ichabod optó por acercarse de manera discreta, suave y calculada. Amparado en su papel de maestro de canto, iba con frecuencia a la granja; y no porque tuviera que temer la intervención entrometida de los padres, ese obstáculo que tan seguido se atraviesa en el camino de los enamorados. Balt Van Tassel era un hombre tranquilo y complaciente; quería a su hija incluso más que a su pipa y, como hombre sensato y excelente padre, la dejaba hacer su voluntad en todo. Su esposa, hacendosa y menudita, también tenía bastante con atender la casa y encargarse de las aves de corral; porque, como decía con sabiduría, los patos y los gansos son criaturas tontas y hay que vigilarlos, pero las muchachas saben cuidarse solas. Así, mientras la activa señora iba y venía por la casa o trabajaba en su rueca en un extremo del corredor, el buen Balt se quedaba al otro fumando su pipa vespertina y observando las hazañas de un pequeño guerrero de madera que, con una espada en cada mano, peleaba valientemente contra el viento en la punta del granero. Mientras tanto, Ichabod seguía cortejando a la hija junto al manantial, bajo el gran olmo, o paseando sin prisa al anochecer, esa hora tan propicia para la elocuencia de los enamorados.

No pretendo saber cómo se corteja y se conquista el corazón de las mujeres. Para mí, siempre han sido un enigma y motivo de admiración. Algunas parecen tener un solo punto vulnerable, una sola entrada; otras, en cambio, tienen mil caminos, y se les puede conquistar de mil maneras distintas. Ganarse a las

primeras es un gran triunfo de habilidad, pero conservar a las segundas exige todavía más talento estratégico, porque el hombre tiene que defender su fortaleza en cada puerta y cada ventana. Por eso, quien conquista mil corazones comunes merece cierta fama; pero quien mantiene un dominio indiscutible sobre el corazón de una coqueta, ese sí es un héroe. Lo cierto es que ese no era el caso del temible Brom Bones; y desde el momento en que Ichabod Crane empezó a acercarse, fue evidente que la posición del primero comenzó a debilitarse: su caballo ya no se veía amarrado a la cerca los domingos por la noche, y poco a poco fue naciendo una enemistad mortal entre él y el maestro de Sleepy Hollow.

Brom, que tenía en su carácter cierta caballerosidad ruda, habría preferido llevar el asunto a una guerra abierta y resolver sus pretensiones sobre la dama como lo hacían esos razonadores tan directos y simples, los caballeros andantes de antaño: en combate singular. Pero Ichabod sabía demasiado bien que su rival era más fuerte y no iba a meterse al ruedo con él; había oído a Bones jactarse de que iba a “doblar al maestro de escuela y dejarlo acomodado en un estante de su propia escuela”, y era demasiado precavido para darle la oportunidad. Había algo sumamente exasperante en esa actitud obstinadamente pacífica; no le dejó a Brom más recurso que echar mano de la veta de bromista pueblerino que llevaba dentro y gastarle burlas pesadas a su rival. Ichabod se convirtió en blanco de la persecución caprichosa de Bones y su pandilla de jinetes rudos. Le hicieron la vida imposible en sus dominios, hasta entonces tranquilos; ahumaron su escuela de canto al taparle la chimenea; se metieron de noche en la escuela, pese a

sus formidables amarres de varas y estacas en las ventanas, y lo dejaron todo de cabeza, de modo que el pobre maestro empezó a pensar que todas las brujas de la comarca se reunían allí. Pero lo que todavía le molestaba más era que Brom aprovechaba cualquier ocasión para ponerlo en ridículo delante de su amada, y hasta tenía un perro canalla al que enseñó a gemir de la manera más chistosa, y lo presentaba como rival de Ichabod para darle lecciones de salmodia.

Así siguieron las cosas durante algún tiempo, sin cambiar de manera importante la posición relativa de las fuerzas enfrentadas. Una agradable tarde de otoño, Ichabod, sumido en sus pensamientos, estaba sentado como en un trono sobre el alto banco desde el que solía vigilar todo lo que ocurría en su pequeño reino literario. En la mano balanceaba una férula, ese cetro del poder despótico; la vara de abedul de la justicia descansaba sobre tres clavos detrás del trono, como amenaza constante para los malhechores, mientras que sobre el escritorio, frente a él, podían verse varios artículos de contrabando y armas prohibidas, confiscados a muchachos ociosos: manzanas a medio morder, pistolitas de juguete, rehiletes, jaulas para moscas y legiones enteras de feroces gallitos de pelea hechos de papel. Al parecer, hacía poco se había aplicado algún castigo espantoso, porque todos los alumnos estaban absortos en sus libros, o cuchicheaban a escondidas detrás de ellos sin quitar un ojo del maestro; y en todo el salón reinaba una especie de silencio zumbante. De pronto, esa calma se rompió con la llegada de un negro vestido con chaqueta y pantalones de estopa, y con un pedazo de sombrero de copa redonda, parecido al gorro de Mercurio.

Venía montado en un potrillo flaco, salvaje y medio domado, al que guiaba con una cuerda a manera de cabestro. Llegó haciendo estruendo hasta la puerta de la escuela con una invitación para que Ichabod asistiera a una fiesta, o “quilting frolic”, que se celebraría esa noche en casa de Mynheer Van Tassel; y, después de entregar su mensaje con ese aire de importancia y ese esfuerzo por hablar con elegancia que un negro suele mostrar en encargos menores de ese tipo, cruzó el arroyo a toda prisa y se le vio alejarse corriendo barranca arriba, lleno de la importancia y la urgencia de su misión.

De inmediato, el salón de clases, que hacía un momento estaba en calma, se llenó de movimiento y alboroto. A los alumnos los hicieron pasar por sus lecciones a toda prisa, sin detenerse en minucias; los más ágiles se brincaron la mitad sin recibir castigo, y a los más lentos les caía de vez en cuando un buen golpe por detrás, para apurarles el paso o ayudarles a superar alguna palabra difícil. Los libros salieron volando sin volver a los estantes, los tinteros se derramaron, las bancas quedaron tiradas, y toda la escuela fue soltada una hora antes de lo acostumbrado; los niños salieron disparados como una legión de diablillos, gritando y armando escándalo por el prado, felices por su libertad anticipada.

El galante Ichabod pasó ahora por lo menos media hora extra arreglándose: cepilló y sacó brillo a su mejor traje —y, de hecho, al único—, un gastado conjunto negro, y se acomodó el cabello con ayuda de un pedazo de espejo roto que colgaba en la escuela. Para presentarse ante su amada con el verdadero aire de un caballero, pidió prestado un caballo al granjero con

quien se hospedaba, un viejo holandés irascible llamado Hans Van Ripper. Montado así, salió como todo un caballero andante en busca de aventuras. Pero corresponde que, en el auténtico espíritu de los relatos románticos, diga algo sobre el aspecto y el equipo de mi héroe y de su montura. El animal que montaba era un caballo de arado acabado, que había sobrevivido a casi todo menos a su mala entraña. Estaba flaco y desgredado, con cuello de oveja y cabeza de martillo; la crin y la cola, pardas y ásperas, las llevaba enredadas y llenas de abrojos; un ojo había perdido la pupila y tenía una mirada fija, fantasmal, mientras que en el otro brillaba el auténtico fulgor del diablo. Aun así, debió de haber tenido brío y temple en sus buenos tiempos, si nos guiamos por el nombre que llevaba: Gunpowder. De hecho, había sido el caballo favorito de su amo, el colérico Van Ripper, que montaba con furia y muy probablemente le había contagiado algo de su propio carácter; porque, viejo y acabado como parecía, escondía más diablo adentro que cualquier potranca joven de toda la comarca.

Ichabod era la figura perfecta para un caballo así. Montaba con los estribos cortos, de modo que las rodillas casi le llegaban al arzón de la silla; los codos puntiagudos se le salían hacia afuera como patas de chapulín; llevaba el látigo erguido en la mano, como si fuera un cetro, y mientras el caballo avanzaba al trote, el movimiento de sus brazos parecía el aleteo de un par de alas. Un sombrerito de lana descansaba en la punta de la nariz, porque así podía llamarse a la escasa franja de frente que tenía, y las faldas de su abrigo negro revoloteaban casi hasta la cola del caballo. Ese era el aspecto de Ichabod y su montura cuando salieron renqueando por la reja de Hans Van Ripper: una

aparición que rara vez se deja ver a plena luz del día.

Era, como ya dije, un espléndido día de otoño: el cielo estaba despejado y en calma, y la naturaleza lucía ese atuendo rico y dorado que siempre asociamos con la abundancia. Los bosques se habían vestido de tonos sobrios, cafés y amarillos, mientras que algunos árboles más delicados habían sido tocados por las heladas y se encendían en brillantes matices de naranja, púrpura y escarlata. En lo alto empezaban a verse largas bandadas de patos silvestres; desde los bosquecillos de hayas y nogales se oía el ladrido de la ardilla, y de vez en cuando llegaba, desde el rastrojo del campo vecino, el silbido melancólico de la codorniz.

Los pajarillos celebraban su banquete de despedida. En pleno festejo, revoloteaban de arbusto en arbusto y de árbol en árbol, piando, trinando y jugueteando, caprichosos ante tanta profusión y variedad a su alrededor. Ahí estaba el honrado petirrojo, presa favorita de los muchachos cazadores, con su nota fuerte y quejumbrosa; y los mirlos parlanchines, volando en nubes negras; y el pájaro carpintero de alas doradas, con su cresta carmesí, su ancho collar negro y su magnífico plumaje; y el ave del cedro, con las puntas rojas en las alas, la cola rematada de amarillo y su pequeño gorrito de plumas; y el arrendajo azul, ese presumido escandaloso, con su alegre chaqueta azul claro y su ropa interior blanca, chillando y parloteando, cabeceando, brincando y haciendo reverencias, como si se llevara de maravilla con cada cantor del bosque.

Mientras Ichabod avanzaba despacio por el camino, su mirada, siempre alerta a cualquier señal de abundancia culinaria, recorría con deleite los tesoros del alegre otoño. Por todas partes veía enormes cantidades de manzanas: unas colgaban de los árboles con una opulencia casi excesiva; otras ya estaban recogidas en canastas y barriles para llevarlas al mercado; y otras más se apilaban en montones generosos para el lagar de sidra. Más adelante vio grandes campos de maíz, con sus mazorcas doradas asomándose entre las hojas y prometiendo tortas y atole espeso; y debajo, las calabazas amarillas, volteando al sol sus hermosos vientres redondos y ofreciendo amplias perspectivas de los más exquisitos pays; y luego pasó junto a los fragantes campos de trigo sarraceno, que despedían aroma de colmena, y al verlos, su mente se llenó de dulces anticipaciones de delicados hotcakes, bien untados de mantequilla y adornados con miel o melaza, servidos por la fina manita hoyuelada de Katrina Van Tassel.

Así, alimentando la mente con dulces pensamientos y "suposiciones azucaradas", siguió su camino por las laderas de una cadena de colinas que dominan algunos de los paisajes más hermosos del majestuoso Hudson. El sol fue bajando poco a poco su gran disco hacia el oeste. La amplia superficie del Tappan Zee yacía inmóvil, lisa como un espejo, salvo por una que otra ondulación suave que alargaba la sombra azul de la montaña lejana. Unas cuantas nubes color ámbar flotaban en el cielo, sin una sola brisa que las moviera. El horizonte tenía un tono dorado muy fino, que poco a poco se transformaba en un verde manzana puro, y de ahí en el azul profundo del cielo alto. Un rayo oblicuo se demoraba sobre las cimas arboladas de los

precipicios que se alzaban sobre algunas partes del río, dando más profundidad al gris oscuro y al púrpura de sus laderas rocosas. A lo lejos, una balandra avanzaba sin prisa, dejándose llevar lentamente por la marea, con la vela colgando inútil junto al mástil; y, como el reflejo del cielo brillaba sobre el agua quieta, parecía que la embarcación estuviera suspendida en el aire.

Ya casi al anochecer, Ichabod llegó a la casa solariega del Heer Van Tassel, y la encontró llena de lo más selecto de la región vecina. Había viejos granjeros, una estirpe flaca y curtida, con el rostro como de cuero, vestidos con chaquetas y calzones de tela hecha en casa, medias azules, zapatos enormes y espléndidas hebillas de peltre. También estaban sus vivaces y marchitas esposas, con cofias de pliegues apretados, blusas cortas de cintura larga, enaguas de tejido casero, tijeras y alfileros, y alegres bolsillos de percal colgando por fuera. Las muchachas rollizas eran casi tan anticuadas como sus madres, salvo cuando un sombrero de paja, un listón fino o quizá un vestido blanco delataban alguna novedad llegada de la ciudad. Los hijos llevaban chaquetas cortas de faldones cuadrados, con hileras de descomunales botones de latón, y por lo general el cabello recogido en coleta al estilo de la época, sobre todo si podían conseguir una piel de anguila para hacerlo, pues en toda la comarca se le tenía por un poderoso alimento y fortalecedor del cabello.

Brom Bones, sin embargo, era el héroe de la velada. Había llegado a la reunión montado en su caballo favorito, Daredevil, un animal que, igual que él, rebosaba brío y travesura, y al que

nadie más podía dominar. De hecho, tenía fama de preferir bestias ariscas, dadas a toda clase de mañas que mantenían al jinete en constante peligro de romperse el cuello, porque consideraba que un caballo dócil y bien domado no estaba a la altura de un muchacho con verdadero empuje.

Con gusto me detendría a describir el mundo de encantos que se abrió ante la mirada fascinada de mi héroe cuando entró al salón principal de la mansión de los Van Tassel. Y no me refiero al grupo de muchachas robustas, con su espléndido despliegue de rojo y blanco, sino a los abundantes encantos de una auténtica mesa de té campirana holandesa, en la opulenta temporada del otoño. ¡Qué fuentes tan rebosantes de pasteles de toda clase, casi imposibles de describir, conocidos solo por las amas de casa holandesas con experiencia! Ahí estaban la recia dona, el tierno oly koek y el crujiente y desmoronadizo cruller; pasteles dulces y short cakes, pasteles de jengibre y de miel, y toda la familia de los pasteles. Y además había pays de manzana, de durazno y de calabaza; aparte de rebanadas de jamón y carne de res ahumada; y, todavía más, deliciosos platos de ciruelas, duraznos, peras y membrillos en conserva; sin contar el sáballo asado y los pollos rostizados; junto con tazones de leche y crema, todo revuelto de aquí para allá, más o menos en el mismo orden en que lo he enumerado, con la maternal tetera soltando nubes de vapor desde el centro. ¡Dios bendiga la imagen! Me faltan el aliento y el tiempo para hacerle justicia a este banquete como merece, y además estoy demasiado ansioso por seguir con mi historia. Por suerte, Ichabod Crane no tenía tanta prisa como su historiador, sino que hizo amplia justicia a cada manjar.

Era una criatura amable y agradecida, cuyo corazón se ensanchaba en la misma medida en que se le llenaba el cuerpo de buena comida, y cuyo ánimo subía con cada bocado, como a algunos hombres se les sube con la bebida. Tampoco podía evitar pasear sus grandes ojos a su alrededor mientras comía, y

soltar una risita al pensar que algún día podría ser dueño de toda aquella escena de lujo y esplendor casi inimaginables. Entonces pensaba en lo pronto que le daría la espalda a la vieja escuela; le tronaría los dedos en la cara a Hans Van Ripper y a cualquier otro patrón tacaño, y echaría a patadas de la puerta a cualquier maestro ambulante que se atreviera a llamarlo camarada.

El viejo Baltus Van Tassel iba de un lado a otro entre sus invitados con el rostro ensanchado de satisfacción y buen humor, redondo y alegre como la luna de la cosecha. Sus atenciones hospitalarias eran breves, pero elocuentes: se limitaban a un apretón de manos, una palmada en el hombro, una carcajada sonora y una insistente invitación a que "le entraran y se sirvieran."

Y entonces, el sonido de la música que venía del salón común, o vestíbulo, los llamó a bailar. El músico era un viejo negro de cabello cano que, por más de medio siglo, había sido la orquesta ambulante de la región. Su instrumento era tan viejo y maltrecho como él. Casi todo el tiempo raspaba dos o tres cuerdas, acompañando cada movimiento del arco con un vaivén de la cabeza; se inclinaba casi hasta el suelo y zapateaba cada vez que iba a empezar una nueva pareja.

Ichabod se enorgullecía tanto de su manera de bailar como de su voz. No había en él ni un miembro ni una fibra que se quedara quieta; y si lo hubieras visto con su armazón desgarrado en pleno movimiento, traqueteando por toda la sala, habrías pensado que el mismo San Vito, bendito patrón del baile, estaba danzando frente a ti en persona. Era la admiración

de todos los negros, que, reunidos de todas las edades y tamaños desde la granja y los alrededores, se amontonaban en cada puerta y ventana formando una pirámide de rostros negros relucientes, mirando la escena con deleite, haciendo girar sus ojos blancos y mostrando hileras sonrientes de marfil de oreja a oreja. ¿Cómo no iba a estar animado y feliz el azotador de chiquillos? La dama de su corazón era su pareja de baile y le sonreía con gracia en respuesta a todas sus miradas amorosas; mientras Brom Bones, herido de amor y celos, permanecía sentado aparte, cavilando en un rincón.

Cuando terminó el baile, Ichabod se acercó a un grupo de los más sensatos, que, junto con el viejo Van Tassel, estaban sentados fumando en un extremo de la galería, conversando sobre otros tiempos y soltando largas historias de la guerra.

Este vecindario, en la época de la que hablo, era uno de esos lugares privilegiados que abundan en crónicas y grandes personajes. Durante la guerra, la línea británica y la estadounidense había pasado cerca de ahí; por eso, la zona había sido escenario de saqueos y había estado infestada de refugiados, cowboys y toda clase de caballería fronteriza. Había transcurrido justo el tiempo suficiente para que cada narrador adornara su relato con un poco de ficción bien puesta y, entre lo borroso de sus recuerdos, se convirtiera a sí mismo en el héroe de cada hazaña.

Estaba la historia de Doffue Martling, un holandés corpulento de barba azul, que estuvo a punto de capturar una fragata británica con un viejo cañón de hierro de nueve libras montado en un parapeto de lodo, de no ser porque el cañón reventó al sexto

disparo. Y también estaba cierto caballero mayor, cuyo nombre no diré, por ser un mynheer demasiado rico como para mencionarlo a la ligera, que en la batalla de White Plains, siendo un consumado maestro de la defensa, desvió una bala de mosquete con una espada corta; tanto, que aseguraba haber sentido cómo zumbaba alrededor de la hoja y salía rebotada por la empuñadura. Como prueba, siempre estaba dispuesto a mostrar la espada, con la empuñadura un poco doblada. Había varios más que habían sido igual de grandes en el campo de batalla, y no había uno solo que no estuviera convencido de haber tenido una parte importante en llevar la guerra a un final feliz.

Pero todo eso no era nada comparado con las historias de fantasmas y apariciones que vinieron después. La región es rica en ese tipo de tesoros legendarios. Los relatos locales y las supersticiones prosperan mejor en estos refugios apartados y poblados desde hace mucho tiempo; en cambio, la multitud cambiante que forma la población de la mayoría de nuestros pueblos termina por aplastarlos. Además, en la mayoría de nuestras aldeas los fantasmas no encuentran mucho ánimo, porque apenas han tenido tiempo de echarse su primera siesta y darse vuelta en la tumba, cuando sus amigos sobrevivientes ya se fueron de la zona; así que, cuando salen por la noche a hacer su ronda, ya no les queda ningún conocido a quien visitar. Tal vez por eso tan rara vez oímos hablar de fantasmas, salvo en nuestras comunidades holandesas de vieja data.

Sin embargo, la causa inmediata de que en esta zona abundaran las historias sobrenaturales se debía, sin duda, a la

cercanía de Sleepy Hollow. Había un contagio en el mismo aire que soplababa desde aquella región embrujada; esparcía una atmósfera de sueños y fantasías que impregnaba toda la comarca. Varias personas de Sleepy Hollow estaban en casa de los Van Tassel y, como de costumbre, iban repartiendo sus leyendas extrañas y maravillosas. Se contaron muchas historias sombrías sobre cortejos fúnebres, y sobre lamentos, gritos de duelo y gemidos que se oían y se veían cerca del gran árbol donde capturaron al infortunado mayor André, que estaba por ahí en los alrededores. También se mencionó a la mujer de blanco, que rondaba la cañada oscura de Raven Rock y a la que a menudo se le oía lanzar alaridos en las noches de invierno antes de una tormenta, pues había muerto allí entre la nieve. Pero la mayor parte de los relatos giraba en torno al espectro favorito de Sleepy Hollow: el Jinete sin Cabeza, de quien se decía que últimamente lo habían oído varias veces patrullando la región; y que, según contaban, cada noche amarraba su caballo entre las tumbas del cementerio de la iglesia.

Lo apartado de esta iglesia siempre la había convertido en un refugio predilecto para los espíritus atormentados. Se alzaba sobre una loma, rodeada de acacias y olmos altísimos, entre los que sus paredes blancas y bien encaladas brillaban con modestia, como si la pureza cristiana se asomara entre la quietud del retiro. Desde ahí, una pendiente suave bajaba hasta una lámina de agua plateada, enmarcada por árboles altos, entre los cuales se alcanzaban a ver las colinas azules del Hudson. Al mirar su cementerio cubierto de hierba, donde los rayos del sol parecían dormir en completa calma, cualquiera pensaría que al menos ahí los muertos podían descansar en

paz. A un lado de la iglesia se extendía una amplia hondonada boscosa, por la que corría con furia un arroyo caudaloso entre rocas partidas y troncos caídos. Sobre una parte profunda y negra de la corriente, no muy lejos de la iglesia, antes había un puente de madera; el camino que llevaba hasta él, y el puente mismo, estaban densamente cubiertos por árboles que se inclinaban encima y lo envolvían en penumbra incluso de día, pero por la noche lo volvían espantosamente oscuro. Ese era uno de los sitios favoritos del Jinete sin Cabeza, y donde más seguido se le encontraba. Se contaba la historia del viejo Brouwer, un incrédulo de lo más hereje que no creía en fantasmas, y de cómo se topó con el Jinete cuando este regresaba de una de sus correrías por Sleepy Hollow, y se vio obligado a montarse detrás de él; de cómo galoparon entre matorrales y maleza, por colinas y pantanos, hasta llegar al puente; y de cómo entonces el Jinete se transformó de pronto en un esqueleto, arrojó al viejo Brouwer al arroyo y salió disparado por encima de las copas de los árboles entre un estallido de trueno.

A esta historia enseguida le respondió otra aventura tres veces más maravillosa, contada por Brom Bones, que se burlaba del Hessiano Galopante como si no fuera más que un simple jinete fanfarrón. Aseguraba que una noche, al volver del pueblo vecino de Sing Sing, ese soldado de medianoche le había dado alcance; que él le propuso echar una carrera por un tazón de ponche, y que incluso la habría ganado, porque Daredevil dejó muy atrás al caballo del espectro, pero justo cuando llegaban al puente de la iglesia, el Hessiano salió disparado y desapareció en un destello de fuego.

Todos esos relatos, contados en ese tono adormilado con el que los hombres hablan en la oscuridad, mientras de vez en cuando el resplandor de una pipa iluminaba por casualidad el rostro de algún oyente, se le quedaron muy grabados a Ichabod. Él les correspondió de la misma manera, compartiendo largos pasajes de su invaluable autor, Cotton Mather, y sumó muchas historias maravillosas ocurridas en su estado natal de Connecticut, además de apariciones aterradoras que había visto en sus caminatas nocturnas por Sleepy Hollow.

La fiesta empezó a terminar poco a poco. Los viejos granjeros reunieron a sus familias en sus carretas, y durante un buen rato se les oyó avanzar haciendo ruido por los caminos hundidos y por las colinas lejanas. Algunas muchachas subieron en ancas, detrás de sus galanes favoritos, y sus risas despreocupadas, mezcladas con el golpeteo de los cascos, resonaron por los bosques silenciosos, cada vez más tenues, hasta que por fin se apagaron; y la escena que poco antes había estado llena de ruido y alegría quedó completamente silenciosa y desierta. Solo

Ichabod se quedó atrás, siguiendo la costumbre de los enamorados del campo, para tener un tête-à-tête con la heredera, totalmente convencido de que ya iba por el camino seguro hacia el éxito. No voy a fingir que sé lo que pasó en esa conversación, porque la verdad es que no lo sé. Pero me temo que algo debió de salir mal, porque sin duda salió de ahí, no mucho después, con un aire completamente desolado y abatido. ¡Ah, las mujeres! ¡Las mujeres! ¿Habría estado esa muchacha jugando una vez más con sus trucos de coqueta? ¿Habría animado al pobre maestro solo por aparentar y así asegurarse de vencer a su rival? Solo el cielo lo sabe, yo no. Baste decir que Ichabod salió a escondidas con el aspecto de alguien que acababa de robar un gallinero, y no de conquistar el corazón de una hermosa dama. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda para contemplar aquella escena de prosperidad rural que tantas veces había admirado con avidez, se fue directo al establo y, a fuerza de varios buenos manotazos y patadas, despertó de muy mala manera a su caballo, sacándolo de los cómodos aposentos donde dormía profundamente, soñando con montañas de maíz y avena, y valles enteros de pasto timothy y trébol.

Era justo esa hora embrujada de la noche cuando Ichabod, abatido y con el ánimo por los suelos, emprendió el camino de regreso a casa por las laderas de las altas colinas que se alzan sobre Tarry Town y que esa misma tarde había recorrido tan contento. La hora era tan sombría como él. Muy abajo, el Tappan Zee extendía su vasta superficie de aguas oscuras y borrosas, y aquí y allá se veía el mástil alto de una balandra, quieta al ancla junto a la orilla. En el silencio absoluto de la

medianoche, incluso alcanzaba a oír el ladrido de un perro guardián desde la orilla opuesta del Hudson; pero sonaba tan vago y tan débil que solo le hacía sentir lo lejos que estaba de ese fiel compañero del hombre. De vez en cuando también se oía, a lo lejos, larguísimo, el canto de un gallo que se había despertado por accidente en alguna granja perdida entre las colinas; pero en sus oídos sonaba como algo soñado. Cerca de él no había señales de vida, salvo a ratos el chirrido melancólico de un grillo o, quizá, el croar gutural de una rana toro desde algún pantano cercano, como si durmiera incómoda y de pronto se hubiera dado vuelta en la cama.

Todas las historias de fantasmas y duendes que había oído esa tarde volvieron de golpe a su memoria. La noche se fue cerrando cada vez más; las estrellas parecían hundirse más en el cielo, y a ratos las nubes que corrían las tapaban de su vista. Nunca se había sentido tan solo ni tan abatido. Además, se estaba acercando precisamente al lugar donde se situaban muchas de aquellas historias de aparecidos. En medio del camino se alzaba un enorme árbol de tulipán, que sobresalía como un gigante por encima de todos los demás árboles de la zona y servía como una especie de punto de referencia. Sus ramas eran retorcidas y caprichosas, tan grandes que podrían haber sido troncos de árboles comunes; bajaban casi hasta tocar el suelo y luego volvían a elevarse en el aire. El árbol estaba ligado a la trágica historia del infortunado André, a quien habían capturado muy cerca de ahí, y todo el mundo lo conocía como el árbol del mayor André. La gente del pueblo lo miraba con una mezcla de respeto y superstición, en parte por compasión hacia el destino de su desdichado tocayo y en parte

por los relatos de apariciones extrañas y lamentos lastimeros que se contaban sobre él.

Cuando Ichabod se acercó a aquel árbol aterrador, empezó a silbar. Le pareció que alguien le respondía, pero no era más que una ráfaga que silbaba con fuerza entre las ramas secas. Al acercarse un poco más, creyó ver algo blanco colgando en medio del árbol. Se detuvo y dejó de silbar; pero, al mirar con más atención, se dio cuenta de que era una parte del tronco abierta por un rayo, con la madera blanca al descubierto. De pronto oyó un gemido; le castañetearon los dientes y las rodillas le golpearon contra la silla. No era más que una enorme rama rozando otra mientras el viento las mecía. Pasó el árbol sin problema, pero todavía le esperaban nuevos peligros.

Como a unos doscientos metros del árbol, un arroyito cruzaba el camino y desembocaba en una cañada pantanosa y muy arbolada, conocida como el Pantano de Wiley. Unos cuantos troncos toscos, puestos uno junto a otro, hacían de puente sobre la corriente. Del lado del camino por donde el arroyo entraba al bosque, un grupo de robles y castaños, enredados densamente con vides silvestres, proyectaba sobre el lugar una oscuridad casi cavernosa. Cruzar ese puente era la prueba más dura de todas. Justo en ese mismo sitio capturaron al infortunado André, y bajo la protección de aquellos castaños y esas enredaderas se escondían los recios campesinos que lo sorprendieron. Desde entonces, siempre se ha considerado un arroyo embrujado, y grande es el miedo del escolar que tiene que pasar por ahí solo después del anochecer.

Cuando se acercó al arroyo, el corazón le empezó a latir con fuerza; aun así, reunió todo su valor, le dio a su caballo una decena de patadas en las costillas e intentó cruzar el puente a toda prisa. Pero, en vez de arrancar hacia adelante, el terco animal viejo se movió de lado y se fue de costado contra la cerca. Ichabod, cada vez más asustado por la demora, jaló las riendas hacia el otro lado y pateó con ganas con el pie contrario; no sirvió de nada. Su montura sí arrancó, es cierto, pero solo para lanzarse al lado opuesto del camino, directo a un matorral de zarzas y alisos. Entonces el maestro descargó a la vez látigo y espuelas sobre las famélicas costillas del viejo Gunpowder, que salió disparado, resoplando y bufando, pero se detuvo en seco justo junto al puente, con tanta brusquedad que casi hizo que su jinete saliera volando por encima de su cabeza. En ese preciso momento, un chapoteo de pasos al lado del puente llegó al oído sensible de Ichabod. En la sombra oscura de la arboleda, a la orilla del arroyo, vio algo enorme, deforme y altísimo. No se movía, pero parecía agazapado en la oscuridad, como un monstruo gigantesco listo para lanzarse sobre el viajero.

Del terror, al espantado pedagogo se le erizó el cabello. ¿Qué podía hacer? Ya era demasiado tarde para darse la vuelta y huir; y además, ¿qué posibilidad había de escapar de un fantasma o un duende, si eso era, capaz de cabalgar sobre las alas del viento? Así que, armándose de una valentía apenas aparente, preguntó con voz tartamuda: "¿Quién eres?" No recibió respuesta. Repitió la pregunta con una voz todavía más alterada. Seguía sin haber respuesta. Una vez más golpeó los costados del inflexible Gunpowder y, cerrando los ojos, rompió

involuntariamente y con fervor en una tonada de salmo. Justo entonces, la figura sombría que lo aterraba se puso en movimiento y, entre forcejeos y de un salto, quedó de pronto en medio del camino. Aunque la noche era oscura y lúgubre, ahora ya podía distinguirse en cierta medida la forma del desconocido. Parecía ser un jinete de gran tamaño, montado en un caballo negro de poderosa complexión. No hizo ademán ni de atacarlo ni de mostrarse amistoso; se mantuvo apartado, a un lado del camino, avanzando al trote por el lado ciego del viejo Gunpowder, que para entonces ya había superado el susto y su terquedad.

Ichabod, que no tenía ninguna gana de seguir con aquel extraño compañero de medianoche y recordó la aventura de Brom Bones con el Hessiano Galopante, apuró a su caballo con la esperanza de dejarlo atrás. Pero el desconocido hizo que su caballo acelerara al mismo ritmo. Ichabod frenó y pasó al paso, pensando en rezagarse; el otro hizo exactamente lo mismo. Sintió que el corazón se le iba hundiendo. Intentó retomar su salmo, pero tenía la lengua tan seca que se le pegaba al paladar y no pudo sacar ni una sola nota. Había algo en el silencio hosco y terco de aquel acompañante tan obstinado que resultaba misterioso y espantoso. Muy pronto supo, de la peor manera, por qué. Al subir una loma, la figura de su compañero de viaje se recortó contra el cielo: era gigantesco y iba envuelto en una capa. Ichabod quedó paralizado de horror al darse cuenta de que no tenía cabeza. Pero su espanto creció todavía más cuando vio que la cabeza, que debía ir sobre sus hombros, la llevaba delante de sí, sobre el arzón de la silla. El terror lo empujó a la desesperación; descargó una lluvia de patadas y

golpes sobre Gunpowder, esperando que un arranque repentino le permitiera perder de vista a su perseguidor; pero el espectro salió disparado junto con él. Entonces se lanzaron a toda velocidad, atravesando monte y camino; a cada salto volaban piedras y saltaban chispas. La ropa ligera de Ichabod se agitaba en el aire mientras estiraba su cuerpo largo y desgarbado sobre la cabeza del caballo, desesperado por huir.

Ya habían llegado al camino que se desvía hacia Sleepy Hollow; pero Gunpowder, que parecía estar poseído por un demonio, en vez de seguir por ahí, dio vuelta en sentido contrario y se lanzó cuesta abajo hacia la izquierda. Ese camino atraviesa durante cerca de un cuarto de milla una hondonada arenosa sombreada por árboles, donde cruza el puente famoso en las historias de duendes; y justo después se levanta la loma verde sobre la que está la iglesia encalada.

Hasta ese momento, el pánico del caballo le había dado a su jinete inexperto una ventaja aparente en la persecución; pero justo cuando iba a la mitad de la hondonada, se reventaron las cinchas de la silla y sintió que se le resbalaba por debajo. La agarró del borrén e intentó mantenerla en su sitio, pero fue inútil; apenas tuvo tiempo de salvarse abrazándose al cuello del viejo Gunpowder cuando la silla cayó al suelo, y oyó cómo su perseguidor la pisoteaba al pasar. Por un instante se le cruzó por la mente el terror a la furia de Hans Van Ripper, porque era su silla de los domingos; pero no era momento para miedos pequeños: el duende ya casi lo alcanzaba y, jinete torpe como era, apenas lograba mantenerse montado; a veces se le iba el cuerpo hacia un lado, a veces hacia el otro, y a veces rebotaba

sobre la alta columna vertebral del caballo con una violencia tal que de verdad temió partirse en dos.

Entonces, un claro entre los árboles le devolvió el ánimo con la esperanza de que el puente de la iglesia ya estaba cerca. El reflejo tembloroso de una estrella plateada en el agua del arroyo le confirmó que no se equivocaba. Alcanzó a ver, borrosos, los muros de la iglesia brillando tenuemente bajo los árboles, más allá. Recordó el sitio donde había desaparecido el competidor fantasmal de Brom Bones. "Si tan solo logro llegar a ese puente", pensó Ichabod, "estaré a salvo". En ese momento oyó al caballo negro resoplando y bufando justo detrás de él; hasta le pareció sentir su aliento caliente. Otro espasmódico talonazo en las costillas, y el viejo Gunpowder saltó al puente; retumbó sobre las tablas resonantes; llegó al otro lado; y entonces Ichabod volteó para ver si su perseguidor desaparecería, como debía, entre una ráfaga de fuego y azufre. Pero justo entonces vio al duende incorporarse sobre los estribos, en el acto mismo de arrojarle la cabeza. Ichabod intentó esquivar aquel horrible proyectil, pero demasiado tarde. Le golpeó el cráneo con un estruendo tremendo; salió disparado de cabeza al polvo, y Gunpowder, el caballo negro y el jinete duende pasaron de largo como un torbellino.

A la mañana siguiente encontraron al viejo caballo sin montura y con la brida bajo las patas, pastando tranquilamente frente a la puerta de su amo. Ichabod no apareció a la hora del desayuno; llegó el mediodía, y nada de Ichabod. Los muchachos se reunieron en la escuela y se pasearon sin hacer mucho por la orilla del arroyo, pero del maestro no había rastro. Hans Van

Ripper empezó entonces a inquietarse por el destino del pobre Ichabod... y de su montura. Se organizó una búsqueda y, tras investigar con cuidado, dieron con sus huellas. En un tramo del camino que llevaba a la iglesia encontraron la silla pisoteada en el lodo; las marcas de cascos, hundidas profundamente en el camino y claramente dejadas a toda velocidad, pudieron seguirse hasta el puente. Más allá, en la orilla de una parte ancha del arroyo, donde el agua corría honda y negra, hallaron el sombrero del desafortunado Ichabod y, justo a su lado, una calabaza hecha pedazos.

Registraron el arroyo, pero no apareció el cuerpo del maestro. Hans Van Ripper, como albacea de sus bienes, revisó el atado que contenía todas sus pertenencias. Eran dos camisas y media; dos corbatines; uno o dos pares de medias de estambre; un viejo pantalón corto de pana; una navaja oxidada; un libro de salmos con las esquinas dobladas; y un diapasón roto. En cuanto a los libros y muebles de la escuela, pertenecían a la comunidad, salvo la "History of Witchcraft" de Cotton Mather, un "New England Almanac" y un libro de sueños y adivinación; en este último había una hoja de papel oficio llena de tachones y borrones, resultado de varios intentos fallidos por copiar unos versos en honor de la heredera de Van Tassel. Hans Van Ripper mandó de inmediato esos libros de magia y aquel garabato poético al fuego; y desde entonces decidió no volver a mandar a sus hijos a la escuela, diciendo que nunca había visto salir nada bueno de eso de leer y escribir. Cualquier dinero que tuviera el maestro —y apenas uno o dos días antes había cobrado su paga trimestral— debió de llevarlo encima cuando desapareció.

El misterioso suceso dio mucho de qué hablar en la iglesia el domingo siguiente. Se formaron grupitos de curiosos y chismosos en el atrio, en el puente y en el lugar donde habían encontrado el sombrero y la calabaza. Volvieron a salir a cuento las historias de Brouwer, de Bones y muchas otras; y, después de repasarlas con cuidado y compararlas con las señales del caso presente, todos movieron la cabeza y llegaron a la conclusión de que el Jinete Hessiano al Galope se había llevado a Ichabod. Como era soltero y no le debía nada a nadie, nadie volvió a preocuparse demasiado por él; la escuela se trasladó a

otra parte de la cañada, y otro maestro ocupó su lugar.

Es cierto, sin embargo, que un viejo granjero, que años después había ido de visita a Nueva York y de quien se obtuvo este relato de la aventura fantasmal, regresó con la noticia de que Ichabod Crane seguía vivo; que había dejado la región en parte por miedo al duende y a Hans Van Ripper, y en parte por la humillación de haber sido rechazado de golpe por la heredera; que se había mudado a una zona lejana del país; que había dado clases mientras estudiaba derecho; que lo habían admitido en el colegio de abogados; que se había metido en la política; hecho campaña electoral; escrito para los periódicos; y que al final lo habían nombrado juez del Tribunal de las Diez Libras. También se notó que Brom Bones, quien poco después de la desaparición de su rival llevó triunfante al altar a la floreciente Katrina, ponía una cara de quien sabe más de lo que dice cada vez que se contaba la historia de Ichabod, y siempre soltaba una carcajada al mencionar la calabaza; eso hizo que algunos sospecharan que sabía más del asunto de lo que quería contar.

Las viejas del campo, sin embargo, que son las mejores juezas en estos asuntos, sostienen hasta el día de hoy que Ichabod fue arrebatado por medios sobrenaturales; y es una historia favorita que suele contarse por los alrededores junto al fuego en las noches de invierno. El puente se volvió más que nunca un objeto de temor supersticioso; y quizá por eso, en años recientes, cambiaron el camino para que llegara a la iglesia bordeando el estanque del molino. La escuela, al quedar abandonada, pronto se vino abajo, y corrió el rumor de que

estaba embrujada por el fantasma del desdichado maestro; y el muchacho del arado, mientras regresa a casa sin prisa en una apacible tarde de verano, más de una vez ha creído oír a lo lejos su voz entonando un salmo melancólico entre la quietud de Sleepy Hollow.

POSDATA.

ENCONTRADO ENTRE LOS PAPELES ESCRITOS A MANO DEL SR. KNICKERBOCKER.

El relato anterior está reproducido casi con las mismas palabras en que lo oí contar en una reunión de la Corporación, en la antigua ciudad de Manhattoes, donde estaban presentes muchos de sus burgueses más sabios e ilustres. Quien lo narró era un anciano amable, desaliñado pero con modales de caballero, vestido de tonos entrecanos, con un rostro tristemente jocoso, y a quien yo sospechaba firmemente de ser pobre: se esforzaba tanto por entretener. Cuando terminó su historia, hubo muchas risas y muestras de aprobación, sobre todo de dos o tres regidores suplentes que se habían pasado dormidos la mayor parte del tiempo. Sin embargo, había un viejo alto y seco de aspecto, con cejas muy pobladas, que mantuvo una expresión grave y bastante severa de principio a fin; de vez en cuando cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza y miraba al suelo, como si estuviera dándole vueltas a una duda en su mente. Era de esos hombres cautelosos que nunca se ríen sin buenos fundamentos, sólo cuando tienen de su lado la razón y la ley. Cuando la alegría del resto de la concurrencia se apagó y volvió el silencio, apoyó un brazo en el descansabrazos de su silla y puso el otro en jarras; entonces preguntó, con un leve

pero sapientísimo movimiento de cabeza y frunciendo el ceño, cuál era la moraleja del cuento y qué pretendía demostrar.

El narrador, que justo se llevaba una copa de vino a los labios para reponerse después de sus esfuerzos, se detuvo un momento, miró a su interlocutor con aire de infinita deferencia y, bajando lentamente la copa hasta la mesa, observó que el propósito más lógico de la historia era demostrar:

"Que no hay situación en la vida que no tenga sus ventajas y sus placeres, con tal de que sepamos tomar la broma como vengas:

"Que, por lo tanto, quien se pone a correr carreras con jinetes fantasmales probablemente va a pasar un mal rato en la montada.

"Ergo, que a un maestro rural le nieguen la mano de una heredera holandesa es un paso seguro hacia un alto cargo en el estado."

Después de esta explicación, el viejo caballero prudente frunció el ceño con más fuerza que nunca, completamente desconcertado por el razonamiento del silogismo, mientras yo creía notar que el de traje jaspeado lo miraba con una mueca de triunfo. Al final comentó que todo eso estaba muy bien, pero que aun así la historia le parecía un poco exagerada: había uno o dos puntos sobre los que todavía tenía dudas.

—A fe, señor —respondió el narrador—, en cuanto a eso, yo mismo no creo ni la mitad. D. K.

FIN.



Hecho con ❤️ en 🇳🇴 por Plyx

This edition is published by Plyx using public-domain source material from Project Gutenberg. We thank Project Gutenberg and its volunteers for preserving classic literature for everyone. Translated and modernized from the original by Plyx.



Escanea para tu edición digital y de audio